



# Pobreza y educación:

## Estudio de caso

Poverty and education: case study

Autor: Ángel de Jesús Díaz Rodríguez. Q.E.P.D (2021)  
Sociólogo UNAD (Título Póstumo 2023).  
Barrancabermeja – Santander  
Reflexión para el curso Sociología de la educación.

Para citar este artículo:  
Díaz, A. (2022). Pobreza y educación: estudio de caso. *Revista Espacio Sociológico*, 2 (3). E-ISSN: 2805-7007

Somos de origen campesino. En un primer momento vivíamos mi madre, mi padre, mis dos hermanas menores y yo, hasta cuando mi padre se suicidó de un tiro en la cabeza. Quedamos yo, el mayor de seis años, mis hermanas de cuatro y un año, y una viuda de 27 años con segundo de primaria que escasamente leía y escribía su nombre. Era 1978 en zona rural de Santander.

Nuestra finca tenía diez hectáreas, algunas matas de café, dos potreros para seis vacas, dos perros, dos machos (casi burros, casi caballos) y unas pocas tierras para sembrar maíz y yuca. La guayaba no se sembraba, ella brotaba de la tierra como manantial y de la misma forma se perdía en el piso porque era más rentable dejarla ahí para que las vacas se la comieran que sacarla a Vélez; el costo de transporte solo era rentable si el producto a vender fuera pasta de coca, pero en esa época no se conocía. Había guerrilla, y por esos campos pasaba con frecuencia, según me cuentan ahora los adultos.

Después de un tiempo prudente para una viuda campesina de 27 años con tres hijos pequeños y una finca a cargo, mi madre consiguió otro esposo. Los siguientes sucesos ocurrieron tan rápido que ni tiempo de consumir su amor les dieron: fueron desplazados por sus familiares, pues no estaban de acuerdo con la nueva unión porque, a juicio de ellos, el matrimonio es para siempre y las viudas deben quedarse viudas y solas.

Lo que pudieron lo vendieron a quienes a precio de promoción les quisieron comprar y marcharon lejos a donde su joven amor y los casi burros, casi caballos, les llevaron el trasteo y a los hijos pequeños. Igualmente fue el territorio rural su nuevo destino, tan o más pobre que el anterior. Sus posibilidades de acceso a la tierra eran muy limitadas, nada de Ubérrimo,

nada de subsidios para regadíos; nada del Estado se conocía, nadie hablaba de eso. En ocasiones pasaba el ejército aunque, a decir verdad, lo hacía con más frecuencia la extinta guerrilla de las FARC-EP, de esto ya puedo dar fe porque estaba más grandecito y recuerdo cuando me dieron tortilla de huevos con sardinas. Su sabor era increíble y me impactó que fuera un hombre el que cocinaba: otros le dieron la leña y él prendió el fogón y se encargó del resto del proceso. Pasó con una olla por donde estaban sentados todos, incluyendo las mujeres, cada uno sacó de su equipaje un plato de aluminio y el cocinero les repartió por porciones. Otro hombre hizo lo mismo con la limonada. Yo los miraba, no digo que como a los protagonistas de una película porque en esa época y en mi realidad no conocía el televisor, pero sí absolutamente entretenido con la escena. No tenía noción de las circunstancias ni elementos para juicios morales o políticos. “Ve a traer tu plato”, me dijeron, corrí a la cocina de mi madre, saqué el primer plato y vaso que vi y antes de que el cocinero hubiese terminado de repartir, estaba entre ellos exponiendo mi menaje para recibir un alimento desconocido, pero al final delicioso.

No recuerdo sus caras ni sus nombres, solo la situación. Más adelante mi madre me dijo qué era lo que había comido y desde entonces le pedí a ella que hiciera esa rica comida con frecuencia. Aún la preparo a veces, aunque no creo que me quede igual. Posiblemente esa haya sido mi primera lección sobre equidad de género: los hombres también cocinan, sirven y lavan platos y las mujeres pueden ser atendidas.



Fotografía. ASSI.co residencia rural en santander (2021)

A pesar de no tener tierras ni muchos bienes o entradas económicas, la producción no se detenía. Pronto mi madre tuvo tres nuevas hijas (1979, 1980 y 1982) de su segundo y último esposo, quien era más machista, más arbitrario y menor ser humano que el primero.

Mi padre adoptivo era muy trabajador, enamorado y un poco peleonero. Una vez tuvo un enfrentamiento a machete, como era la costumbre en La Colorada, un caserío a 4 horas (por las condiciones de la vía más que por la distancia) de Barrancabermeja por la vía a Yarima. En esos territorios gobierna la ley del más fuerte y sobreviven los que vencen en las batallas. Mi padrastro sobrevivió luego de propinarle al adversario, que también era su cuñado, un machetazo en la cara. El agredido se recuperó y en búsqueda del empate y de recuperar su prestigio mancillado por un recién llegado, informó a las autoridades formales que mi padrastro era informante de la guerrilla, y posteriormente les informó a las autoridades reales del territorio que era informante del ejército y la policía. Una madrugada, cuando era más noche que día, el hombre huyó del pueblo para salvar su vida, desapareció por un tiempo. En la práctica, mi madre quedó viuda de nuevo, en esta ocasión con 6 hijos.

Pasados unos meses mi madre recibió la instrucción de mi padrastro; vender los machos (casi burros, casi caballos) y lo poco que tenían y salir de ese caserío en un camión ganadero sin que la luz del día nos viera. Como campesinos que intentan sobrevivir en la ciudad, nos ubicamos donde se ubican todos los desplazados de ahora y de siempre, en la periferia. Me pusieron a vender chance, empanadas que mi madre hacía o pedazos de piña, pero como vendedor fracasé. Sacar a un campesino, niño aún, que si hablaba lo hacía con los animales o con los árboles, que su vida es acción y no teoría y confrontarlo con el locuaz mundo de las ventas es, en cierto sentido, traumático. Mi madre cuidaba los seis hijos, mi padrastro consiguió trabajo en construcción y más adelante un lote en una invasión que pronto se convirtió en nuestra vivienda.

Llegaron las enfermedades para mi madre y las hermanas menores, el estudio de primaria y luego las decisiones sobre la secundaria; de entrada, sabíamos que para ninguno había opciones de universidad, y mucho menos para las mujeres; mi padre adoptivo afirmaba que ellas no necesitaban estudiar porque el marido les daría de comer.

Mi padrastro maltrataba a mi madre; recuerdo verla sangrar por la nariz o la boca con frecuencia. La amenazaba, le mostraba sus infidelidades,

le hacía saber de sus visitas a prostíbulos, la menospreciaba. Ahora que escribo repaso las escenas y ella bajaba la cabeza, callaba, pero creo que en sus ojos yo podía ver que nunca se doblegaba: como la poesía de Invictus, su alma era inquebrantable. Inconscientemente, con su analfabeta sabiduría, me estaba enseñando a resistir, a no entregar la dignidad.

En la casa donde vivíamos, que también era una invasión, teníamos cancha de bolo criollo y dos canchas de mini tejo. Llegaba bastante gente a jugar y a apostar la cerveza, el negocio era bueno, mi madre, las hermanas mayores y yo trabajábamos atendiendo con la zozobra de que al rato, cuando mi padrastro (que por supuesto estaba jugando) se emborrachara y perdiera, vendría a golpear a mi madre. Recuerdo un 16 de diciembre, mi madre había hecho el arbolito de navidad con un chamizo del monte y lo había forrado en algodón, lo sostuvo con ladrillos en la base para que se mantuviera erguido y los cubrió con aserrín, lo adornó con algunas bolitas de colores intensos y le puso de esos bombillitos puntudos que por todo lado puyan. Eran pocas las veces que él se dormía borracho sin maltratar a mi madre y esa no fue una de esas.

La llama. Mi madre se le acerca, sumisa y callada. Sin más palabras, un golpe en la cara. La sangre por la nariz. Luego las groserías, como si ella tuviese la culpa de estrellarse contra el puño. Él toma el cilindro de gas, le abre la llave, el espacio se cubre de neblina explosiva y entonces saca la mechera para incendiar la casa con todos dentro de ella. Hay gritos, ruegos, escándalo y súplicas para que no lo haga. Yo tenía 16 años. Forcejeo con él para quitarle el cilindro o la mechera. Le pega una patada a mi madre. No sé



Fotografía. ASSI.co (2021). Santander rural [Imagen]

de dónde ni cómo, pero le digo a mi madre a gritos que no se deje, que a él también le duele, que le de con algo y me hace caso. Lo golpea suave pero seco en la frente con el palo de una escoba y sangra de inmediato. Al ver la sangre se abalanza sobre ella, no la alcanza porque mi pie lo tumba sobre el arbolito de navidad. Me lanzo sobre él para que no se pare de nuevo mientras me repite que conmigo no quiere problemas, que llame a mi madre para dialogar con ella. Cuando la tuvo cerca le apretó el cuello, su cara se ponía cada vez más roja, morada. Con todas mis fuerzas intenté quitársela, como no lo lograba, corrí por el cabo de una pala que había alistado presumiendo su comportamiento de siempre. Quise darle palo ahí en el piso, como si estuviera matando a una despreciable serpiente que me hubiera mordido, pero no fue así porque él soltó a mi madre y se armó con un machete, frente a lo cual no tuve más opción que darle un potente golpe al estilo de jonronero experto y correr a base segura.

Después de ese episodio intervino la inspección de policía y hubo separación. Cierta día mi padrastro volvió, ya estaba yo más grandecito y prestando el servicio militar obligatorio. Con el mismo cabo de pala en la mano le dije: “padre, si viene a maltratar a mi mamá, le voy a dar todo el garrote que el palo aguante”. Se fue y nunca volvió. Lo he visto recientemente, aún con hijos pequeños y casi ciego; no le tengo rencor, pero tampoco afecto.

Mi madre nos terminó de dar la secundaria a mí y a mis hermanas menores cocinando, lavando y planchando la ropa de algunos policías.

“

Estudió hasta segundo de primaria porque tuvo una discusión con una profesora y mi padrastro determinó sacarla, pues según él a la escuela no se iba a pelear.

La hermana que me sigue en edad (H1)

terminó la secundaria por su propia cuenta, estudiando de noche y trabajando de día cuidando niños en casas de familia. Se casó con un primo también de origen campesino, con nivel de escolaridad similar, han vivido en arriendo en infinidad de casas y fincas, otros familiares han tenido que auxiliarlos con el pago de las obligaciones porque nunca consiguen los ingresos suficientes para la satisfacción de sus necesidades y las de sus tres hijos. H1 es maltratada, es pasivo-agresiva, tímida, insegura, muy hacendosa y nunca ha obtenido un empleo formal; desde que se casó ha estado dedicada al hogar y su esposo no ha logrado darle de comer, como lo afirmaba el padrastro. Siempre han estado en la periferia geográfica de la ciudad y en la periferia social y económica de la sociedad.



La siguiente hermana (H2) era la más bonita de la familia. Estudió hasta segundo de primaria porque tuvo una discusión con una profesora y mi padrastro determinó sacarla, pues según él a la escuela no se iba a pelear. Ahí concluyó su formación académica. Le asignaron colaborar con los oficios de la casa. A los 14 años la mandaron a la plaza de mercado a traer lo del almuerzo y regresó tres años después confiada en que se casaría con un policía porque estaba embarazada de él. Este no se casó con ella, lo hizo con otra joven a quien se llevó a su ciudad de origen, Cali. Allí, además de ser agente del Estado, trabajó para los carteles de la droga y pronto fue asesinado. El embarazo de mi hermana concluyó con un hijo al que se le aportó para que se hiciera profesional en cultura deportiva, pero faltándole unos meses para el grado se fue del país. Hoy tiene 28 años y por fotos parece estar bien, ya se casó para obtener la residencia.

Tiempo después, H2 tuvo otro hijo de otro esposo con el que no logró hacer hogar por razones físicamente imposibles: ella estaba en libertad y él preso por 15 años, condenado por transportar droga, aunque realmente hacía parte del cartel de la gasolina. ¡Qué injusticias tiene la vida! El segundo hijo tiene 26 años, no terminó la secundaria, trabaja en ocasiones en un montallantas, lavando carros o en las fincas palmeras de Puerto Wilches. H2 parió dos hijos, pero no pudo criar a ninguno: el primero fue criado por su abuela materna y el segundo por su abuela paterna.

En la actualidad, H2 vive en la ribera del río Sogamoso, en una finca grande. Su dueño es el patrón de su compañero actual y les permitió construir una casa con tablas para que su obrero viva cerca y llegue puntual a la jornada, así no debe darle posada ni comida.

El compañero de H2 es un borrachín, pero H2 está alcoholizada desde antes y no lo reconoce. Su alcoholismo complica un lamentable estado de salud, con frecuencia convulsiona y su salud mental estaba comprometida desde antes. Está enojada con el mundo. En sus 44 años de edad nunca ha tenido un empleo formal, se ha desempeñado fundamentalmente en "cantinas", pero por su edad ya no la emplean. Ella suele decir que ya ni de prostituta puede trabajar.

H3 es la hija mayor de mi madre con su segundo y último esposo. Para mí, es la más inteligente de la casa. De joven yo sabía que cargaba sobre mis hombros la responsabilidad de mis cinco hermanas menores y de mi madre, pero al notar la inteligencia de H3 creí que sería yo quien recibiría ayuda de ella; por su talento y habilidades siempre pensé que le iría muy bien.

H3 ha tenido cuatro hijos con tres esposos. La hija mayor fue engendrada en una cárcel mientras visitaba a su novio preso. Con el padre de la segunda convivió un corto periodo y con el padre de los dos últimos convive actualmente en una relación conflictiva. Sigue siendo una mujer muy pilosa, con mucha iniciativa, pero emocionalmente inestable, violenta y conflictiva. Se fue junto con su pareja actual para el exterior, donde trabajan y envían dinero para el cuidado de sus hijos. Ella estudió primaria, secundaria, estuvo en el Sena y tuvo posibilidades de continuar en la universidad pero no lo hizo por el embarazo y la posterior relación con el embarazador. Nunca ha tenido un trabajo formal.

H4 tiene 40 años y sufre de asma desde hace 20. Ella estudió secundaria completa y luego una tecnología en educación infantil. Ha trabajado formalmente como madre comunitaria desde hace 16 años, recibe un poco más del mínimo y prestaciones de ley, con lo que sobrevive y mantiene a su marido que tiene síndrome de Down leve y la maltrata. Es extremadamente dedicada a su trabajo y al cuidado de los niños, pero ha decidido no tener hijos.

H5 es la menor, tiene 38 años, formación profesional y trabajo formal desde que estudiaba una carrera técnica. Recientemente renunció a su trabajo en Colombia, donde sus ingresos superaban los cinco salarios mínimos, y se fue al exterior para conocer, tener otros aprendizajes y experiencias, buscar mejores ingresos y apartarse de una relación sentimental en la que era maltratada. Solo tiene una hija cuyo padre ya murió, y posiblemente sea la de mejor situación económica actualmente.

H0. Siguiendo la nomenclatura ese soy yo. Tuve siempre la certeza de que, si a alguien le darían estudios secundarios en mi familia sería a mí por ser el único hombre. Terminé el bachillerato, presté el servicio militar obligatorio, trabajé en una prendería, logré estudiar en el Sena y conseguir empleo formal con ingresos superiores a cinco salarios mínimos a partir de ese estudio. Con los ingresos de este empleo apoyé el estudio de mis hermanas menores y continúo aportando para el sostenimiento de mi madre, he logrado estudiar dos pregrados a distancia y de manera virtual. Tengo una hija, su madre tiene formación como técnica. Al



## REFLEXIONES SOCIOLÓGICAS

Realidades sociales, familiares y del desarrollo personal de los niños, niñas y adolescentes en situación de trabajo infantil

Diana Marcela Guayara  
Morales y Maritza Andrea  
Villarraga Tovar

igual que mis hermanas, no he consolidado un hogar estable, en ocasiones maltraté y en otras fui maltratado.

Hago este recuento resumido de las historias de vida de mi familia para proceder a realizar el estudio de caso de una posible relación entre pobreza y educación.

En todos los casos hay situaciones de violencia intrafamiliar, en algunos miembros se encuentran atenuados o calmados y en otros siguen presentes y activos. Crecimos observando y padeciendo el maltrato contra la mujer, y las nuevas relaciones han continuado con la misma historia, confirmando la preponderancia de las estructuras socioeconómicas en la reproducción de los ciclos de pobreza y violencia (Bazdresch, 2001).

En todas nuestras historias está presente el hogar disfuncional y los repetidos intentos por superarlo. No obstante, los cambios, los nuevos comienzos, han sido repeticiones de viejos fracasos. Ninguno de nosotros ha logrado conformar un hogar estable, pero en la mayoría de los casos se ha ejercido un control consciente sobre el número de hijos; una de mis hermanas tiene cuatro, otra tres, otra dos, otra y yo tenemos uno, y una no tuvo hijos. El promedio está muy por debajo del que presentan familias con características culturales, educativas y socioeconómicas similares.

Para todos nosotros, el tema emocional y su control ha sido conflictivo y generador de disonancias en el relacionamiento con otros, lo cual indica que nuestras capacidades y recursos personales presentan déficit en su desarrollo. Como lo señaló Leticia Artiles Visbal (2007)

Si para el desarrollo de las capacidades, a su máxima expresión, no sólo son importantes los recursos materiales sino también los recursos personales, y el desarrollo de estos últimos es fundamental, todavía falta un trecho a las mujeres para lograr la equidad social y en salud, lo que se agrava en condiciones de pobreza. Esto significa un reto, que se traduce en la necesidad de incrementar las capacidades personales, empoderar a las mujeres en el reconocimiento consciente de sus valores y fuerzas, como ejes no sólo de reproductoras biológicas, sino de reproductoras sociales, trabajo reproductivo que se vuelve productivo en la reposición de la fuerza de trabajo. Tomar conciencia de sus capacidades integrales, social e individualmente, permitirá, más temprano que tarde, llegar a tomar el cielo por asalto, donde las mujeres con su fuerza y la de las generaciones que le pertenecen, demuestren y exijan que la equidad de género es una necesidad perentoria para el logro de un mundo mejor.



Sobre las mujeres, que son la mayoría en mi casa, se ejerció discriminación por el entorno machista y patriarcal en el que se desarrolló nuestra infancia. Ellas tenían claro que la educación secundaria, aun siendo pública, estaba lejos de sus posibilidades. H1 y H2 posiblemente fueron las que sufrieron las peores consecuencias, al punto de que ya siendo mayores su actitud frente al estudio fue de rechazo o indiferencia, pues crecieron sabiendo que no era para ellas, que no debían aspirar a él.

La vida de los niños y las niñas que crecen con la certeza de que irán a la universidad e incluso tendrán acceso a un posgrado es profundamente distinta de la vida que llevan los niños y las niñas que a veces ni siquiera pueden asistir a la escuela" (Nussbaum, 2010:31 en Cuenca, 2011).

Nuestras historias de vida también fueron impactadas por el momento histórico, el conflicto político y social que vivió y vive el país al igual que el contexto cultural del territorio rural donde el machismo y el patriarcado se arraigan con más fuerza.

“

La vida de los niños y las niñas que crecen con la certeza de que irán a la universidad e incluso tendrán acceso a un posgrado es profundamente distinta de la vida que llevan los niños y las niñas que a veces ni siquiera pueden asistir a la escuela.

Quienes menor educación tienen en la familia tienen también peores condiciones de vida, manejan mayores niveles de agresividad en sus relaciones y su autoestima es menos sana o estable. Pareciera un círculo vicioso: la pobreza, las carencias, la marginalidad, la exclusión predisponen, y dicha predisposición entierra más en la pobreza.

La evidencia disponible muestra que en forma mayoritaria los pobres carecen de educación, o que la disponible es deficiente. Sabemos también que la educación deficiente se acentúa en las zonas pobres, aun cuando existan casos de educación excelente en dichas zonas. (Bazdresch, 2001)

Solo dos en la familia tenemos formación de pregrado, pero no vivimos del ejercicio de esa profesión. Quizás un factor que sí hace la diferencia es que quienes hemos tenido empleo formal de manera constante y con ingresos suficientes hemos podido proyectar de mejor forma la vida propia y la de nuestra familia, acceder a otros bienes y servicios del mercado, planear más allá del día a día y tener cierto control sobre los propósitos futuros. Igualmente, un empleo formal con suficientes ingresos permite la

recreación y el ocio que, bien aprovechados, favorecen el incremento del capital cultural y social.

Si bien no todos tuvimos iguales oportunidades, estudiar no basta para salir de la pobreza, para ello intervienen multiplicidad de factores políticos, sociales, culturales, educativos y especialmente personales, en los que influye hasta el tipo de crianza que los padres dan a sus hijos y las características de la personalidad heredadas y adquiridas. El talento, la inteligencia o la belleza no garantizan el bienestar ni la justicia social.

Analizar qué tanto la igualdad de oportunidades contribuye a la construcción de justicia social supone mirar con cierto detenimiento dos premisas que se ubican en las bases del concepto de igualdad de oportunidades: la convicción de que es posible moverse en el "espacio social" a partir de los esfuerzos individuales (Dubet, 2011); y que el talento, estimulado y desarrollado, es "premiado", en el marco de un sistema meritocrático de ordenamiento social (Wallerstein, 2005, en Cuenca, 2011).

Aunque no se puede afirmar que la educación saca de la pobreza, la solución tampoco es prescindir de la educación en esta lucha (Cuenca, 2011). La educación puede contribuir a salir de la pobreza y construir justicia social, pero no es suficiente; lograr este objetivo depende en mayor medida de cambiar las estructuras de poder y reorientar la administración de la riqueza de modo que se distribuya entre todos con equidad.

---

### *Referencias Bibliográficas*

Artiles Visbal, Leticia. (2007). Pobreza y género. *Revista Cubana de Salud Pública*, 33(4). [http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0864-34662007000400004&lng=es&tlng=es](http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-34662007000400004&lng=es&tlng=es).

Bazdresch, M. (2001). Educación y pobreza: una relación conflictiva. *Pobreza, desigualdad Social y Ciudadanía*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <http://feae.eu/wp-content/uploads/2017/09/CLACSO-POBREZA-Y-EDUCACION.pdf>

Cuenca, R. (2011). Sobre justicia social y su relación con la educación en tiempos de desigualdad. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 1 (1), 79 – 93. [https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/9164/48212\\_3.pdf?sequence=1](https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/9164/48212_3.pdf?sequence=1)

Lucio-Villegas, E. (2015). Paulo Freire: La educación como instrumento para la justicia social. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*. <https://repositorio.uam.es/handle/10486/667631>